

es uno de los más ricos y más vastos reliquarios del mundo. Allí hay vasos sagrados, patenas, un frente de altar cubierto de piedras duras orientales; muchos pedazos de la verdadera cruz, un clavo, la esponja, la caña, instrumentos de la pasión del Salvador, el cuchillo que sirvió al Hijo de Dios al tiempo de la Cena y en cuyo mango se distinguen algunas letras hebraicas, de tal modo borradas, que Montfaucon no pudo leerlas; en fin, dos candelabros, obras maestras de la platería bizantina que por solo ellas merecería visitarse el Tesoro.

Atravesando la plaza de San Marcos y la *Piazzeta*, saludamos los cuatro famosos caballos de Corinto colocados en el vestíbulo de la iglesia, los dos pilares traídos de San Juan de Acre y cubiertos de caracte es coptos; en fin, el Leon de San Marcos, emblema nacional del antiguo poder de Venecia, vuelto á colocar sobre su columna despues de haber adornado el muelle de los inválidos. De allí al palacio del dux no hay más que un paso.

Este imponente edificio, con sus altas murallas, sus galerías orientales, su aspecto sombrío y severo, su escalera de los Gigantes y su puente de los Suspiros, representa bastante bien el gobierno y la doble vida de la poderosa república. Siendo palacio, tribunal, prision, inspira cierto no sé qué sentimiento de terror que exageran todavía las mentirosas relaciones de muchos escritores. Felizmente debe llamarse el recuerdo de los elogios dados por Comines al gobierno veneciano, y el juicio del gran conde de Maistre: "Respecto de las crueldades atribuidas al Tribunal de los Diez, yo tengo la desgracia, dice él, de no creer demasiado en ellas." La Inquisición pública de Venecia, como la Inquisición religiosa de España, podría muy bien haber reinado en las imaginaciones por no sé qué terror dulcificado, compuesto todo

de recuerdos fantásticos, que no tenían otro efecto que mantener el orden economizando la sangre. 1 Además, visitamos en pormenor los Plomos y los Pozos, dejando para mañana la parte brillante del palacio.

Los Plomos, que se han hecho célebres por la relacion de Silvio Pellico, son prisiones colocadas en los altos del castillo, cuyos techos son de plomo. Claro está que que debia sufrir allí el detenido; sin embargo, hay entre el techo de las celdas y el techo del edificio un granero y una corriente de aire suficiente para templar el exceso del calor. Del lado del mar la vista es deslumbradora. Los Plomos estaban vacíos de presos, y en el cuarto de Silvio hallamos un locutorio comodo que preferia este departamento elevado á muchos otros más elegantes tal vez, pero de menos salubridad.

Los Pozos son las prisiones bajas. Formaban muchos pisos, de los cuales dos subsisten todavía. Recorrimos aquellos antiguos calabozos y, sin ofender á los novelistas, no están colocados bajo el canal y nunca se ha navegado sobre las cabezas de los culpables. Estos calabozos, de fuertes piedras bien cortadas, revelan tambien un pensamiento de humanidad que no siempre se encuentra en las prisiones modernas. La mayor parte están provistos de tablonés de encina y de una camilla levantada sobre el suelo á fin de prevenir la humedad. Añadid á esto que ningun prisionero fué nunca cargado de cadenas allí, especie de privilegio, tal vez único en la historia de las prisiones. Agregad, en fin, que sobre la gran galería que comunica con los Pozos y por la cual pasaban y volvian á pasar todos los días el dux, el Senado, los inquisidores, está la bula tan tierna de Urbano VIII que concede grandes

1 *Lettons II. sur l'Inq.*, p. 66.

## 12 DE ABRIL.

Continuacion del palacio del Dux.—Pinturas.—Biblioteca.—Palacio de las Bellas Artes.—Escuela veneciana.—Palacio Barbarigo.—Grimani.—Busto de Beatriz.—Arsenal.—El Bucentauro.

"La gloria y el esplendor pasados de Venecia, brillan por todas partes en el palacio del Dux. Inmensos cuadros del Ticiano, del Tintoreto, de Paulo Veronés y de otros hábiles maestros, recuerdan las grandes acciones de su historia; una especie de patriotismo respira en aquellas hermosas pinturas. Venecia aparece en ellas siempre como el emblema de la fuerza de la grandeza y de la belleza; es una diosa poderosa que rompe cadenas y recibe los homenajes de las ciudades sometidas; está en el cielo en medio de las estatuas de los santos y de las santas; se la ve entre la Justicia y la Paz; está rodeada de las Virtudes, coronada por la Victoria, ó aparece en las nubes en medio de la multitud de divinidades. La alegoría pierde su frialdad ordinaria, puesto que allí llega á ser la expresion de un sentimiento de orgullo y de amor á la ciudad."

Despues de esta apreciacion general, examinamos en particular las pinturas de la sala del gran Consejo. Al entrar, á la derecha, está el inmenso cuadro de la gloria del Paraíso, obra de la vejez del Tintoreto. A pesar de la especie de confusion que parece reinar en las innumerables figuras, es todavía una obra maestra de primer orden. Las pinturas que cubren enteramente las paredes y el techo, independientemente de su belleza, ofrecen un gran interes bajo el aspecto histórico, puesto que representan los fastos de la república veneciana y los acontecimientos religiosos, políticos ó militares que tu-

favores espirituales á todos aquellos cuya caridad consuele, aunque sea débilmente, á los prisioneros. Acordaos de que aquellos magistrados eran cristianos animados por la fe de la Edad Média, y podreis afirmar, sin temor de errar, que los Pozos de Venecia fueron *un poco menos* horribles que las otras prisiones del mismo tiempo.

El testimonio, al ménos negativo de aquellos que los habitaron, parece confirmar esta indicacion. Al resplandor de una antorcha leimos una multitud de inscripciones trazadas con creta roja sobre las paredes de los calabozos. Aunque manifiestan, con una libre energía, las disposiciones personales de sus autores, no hay alguna que exprese quejas. La resignacion, la prudencia, el valor, la desconfianza de los hombres, tales son las cualidades que se recomiendan unos á otros, los habitantes de aquellas sombrías moradas. 1

1 Hé aquí algunas de aquellas máximas. En el calabozo número V se lee en el piso:

Maledictus homo qui confidit in homine  
Soli Deo honor et gloria.

"Maldito el hombre que confia en el hombre.  
Honor y gloria á Dios solo."

En el calabozo número IX, en el piso:

Non ti fidar d'alcuno; pensa é taci  
Sé fugir vuoi dei spioni, insidie e laci.  
Il pentirti nulla giova,

Ma ben del valor tuo fa vera prova.

"No te fies de nadie; piensa y calla si quieres huir de espías, de asechanzas y de lazos. El arrepentirte de ello nada te ayuda. Mas bien pon á prueba tu valor."

Di chi me fido guardami Iddio;  
Di chi non me fido me guardará io.

"Guárdeme Dios de aquel en quien fio. Yo me guardo de aquel en quien no confio.

Un parlar poco ed un  
Negar pronto ed un  
Pensar il fine puo dar la vita  
A noi altri meschini.

"Hablar poco, negar pronto, y pensar el fin, puede dar la vida á nosotros los desgraciados.  
1605.

vieron más influencia en los destinos de las naciones europeas. Se advierten entre otras, la Vuelta del Dux Andrés Contarini despues de la victoria alcanzada sobre los Genoveses y el Apoteosis de Venecia, doble obra maestra de Paulo Veronés; la Primera Conquista de Constantinopla por Dandolo, de Palma el jóven, y el Combate naval en el cual Oton, hijo del emperador, fué hecho prisionero por los Venecianos, de Domingo Bárbaro.

La sala del gran Consejo es hoy la Biblioteca de San Márcos. Nunca los libros se han alojado con más magnificencia, á no ser los del Vaticano. Petrarca y el ilustre cardenal Bessarion, fueron el uno, el fundador, el otro, el bienhechor insigne de la Biblioteca de Venecia, que cuenta cerca de setenta mil volúmenes. El príncipe de la Iglesia dió su rica coleccion de libros griegos y latinos, á fin de que sus desgraciados compatriotas, no ménos que los Europeos, pudiesen sacar de ellos abundantes frutos.

Los votos del bienhechor cardenal no han sido estériles. No solo Venecia se distinguió largo tiempo por su amor á las letras y á las ciencias, sino que hizo participar á la Europa entera de sus ricos tesoros. Los trabajos de los tres Alde, primeros impresores de libros griegos, y la multiplicidad de sus ediciones, han extendido el beneficio de Bessarion. Las ediciones de Alde el mayor tienen la autoridad de los manuscritos. A fin de dar á cada uno lo que le pertenece, es justo decir que fué así como sus descendientes, noblemente estimulado por los Soberanos Pontífices, especialmente por Paulo IV y Clemente VIII. El primero encargó á Pablo Manuce que imprimiese las obras de los Santos Padres y le confió la imprenta del Capitolio; el segundo encomendó á Manuce el jóven, la direccion de la imprenta del Vaticano. No hay un progreso útil

á cuya cabeza no se encuentre el papado. Dos manuscritos fijaron sobre todo nuestra atencion: un libro de Evangelios que cuenta cerca de mil años y las Actas del Concilio de Calcedonia, manuscrito in-folio del siglo décimocuarto, que proviene del cardenal Bessarion.

Dimos el resto del dia á la visita de las Galerías, de los Museos públicos y particulares y del Arsenal. En la imposibilidad de describir todos los objetos de arte que encierra, me contentaré con decir que Venecia es para el artista una mina de una variedad y de una riqueza inagotables. Ademas, aparte de los mosaicos de San Márcos y las pinturas de muchas iglesias, la mayor parte de las obras pertenecen al renacimiento. Es necesario exceptuar tambien el palacio Manfrin, que conserva en una galería separada las obras de los antiguos pintores Cimabue, Giotto, Mantegna. Pero la escuela veneciana, representada por los hermanos Gentile y Juan Bellini, el Giorgione, el Ticiano, el Tintoretto, Paulo Varonés, fué sin contradiccion la primera en los coloridos y en el estilo todo á la vez enérgico, noble y severo. En la Academia de las Bellas Artes se observa sobre todo, á San Márcos haciendo un milagro para librar un esclavo, cuadro clásico del Tintoretto; las bodas de Caná, la obra más bella del Padovanino, la Santísima Virgen sobre un trono con el Niño Jesus, de Paulo Veronés. El palacio Barbarigo presenta la célebre Magdalena del Ticiano y el palacio Manfrin el Descendimiento de la Cruz, del mismo pintor. Una Galería de familia, pintada por el Ticiano y Pablo Veronés, con un Museo lleno de estatuas antiguas, de inscripciones y de bronce, hacen del palacio Grimani una obra digna de Roma y de Nápoles. Cerca de la plaza de San Márcos, la Piscina de *san Mosé*, morada del conde Cicognara, posee el busto de la Beatriz

del Dante, obra maestra de Cánova.

Venecia, que acababa de mostrarse tan graciosa, tan rica en sus galerías, sus museos y sus palacios, nos pareció poderosa y formidable en su antiguo arsenal. Hé aquí á la entrada, los dos leones gigantes de mármol, del monte Hymete, quitados de Atenas por Morosini, llamado el Peloponesiano. Encima de la puerta está la graciosa estátua de Santa Justina, monumento de la victoria naval alcanzada sobre los Turcos por los Venecianos el dia de la gloriosa mártir en 1751. En las salas perfectamente puestas, el viajero frances considera con una respetuosa emceion la armadura de Enrique IV, de la cual el buen rey hizo un presente á la república el dia en que fué admitido en el número de los nobles venecianos. El cristiano se detiene ante los caseos de los cruzados, compañeros del célebre Dandolo, y ante los largos y brillantes estandartes tomados á los Turcos en la batalla de Lepanto. En fin, examinamos con una viva curiosidad el pequeño modelo del Bucentauro, que recuerda la fiesta más brillante y más popular de Venecia.

Venecia, reina del mar, en los tiempos de su esplendor, renovaba cada año á los ojos de la Europa entera la consagracion de su imperio. El dux tomaba por esposa á la mar; matrimonio á la vez militar y religioso, que produjo durante largos siglos gloriosos frutos de salvacion para las naciones occidentales. Conviene no olvidarlo; del arsenal de Venecia salieron numerosas flotas que, oponiéndose á la invasion siempre amenazadora de los Turcos, salvaron la civilizacion de la Italia. Venecia fué en el mar, con respecto al Mediodía de la Francia, lo que la Polonia fué en tierra para las naciones del Norte. La alianza de la religion con el valor de su pueblo, tal fué la causa de su poder. ¡Qué cosa más justa que reconociese y

renovase las condiciones en una fiesta solemne! <sup>1</sup> *El Bucentauro* servia para la ceremonia. Esta era una magnífica galera brillante de dorados, de ciento siete piés de longitud y veintidos y medio de latitud. El dia de la Ascension era el elegido para los esponsales de la mar. En el primer puente del navío se contaban cincuenta y dos ramas, veintiseis de cada lado, miéntras que el segundo puente formaba una vasta sala, adornada con esculturas doradas de uno á otro extremo, tapizada de terciopelo y cerrada por hermosos cristales. Las esculturas representaban los atributos de las Virtudes, de las Estaciones, elocuente reunion que indicaba el imperio de la religion sobre la naturaleza y los elementos. En el fondo de la sala se levantaba el sillón del dux, brillante de dorados y rodeado de las sillas de los senadores y de los ministros extranjeros. Al sonido de las campanas y al ruido del cañón, á las armonías de la música y á las exclamaciones de todo el pueblo, *el Bucentauro* salia del Arsenal la víspera de la Ascension y anclaba delante de la plaza de San Márcos, en espera de la ceremonia.

Desde el siguiente en la mañana, todos los navíos del puerto, ricamente empavesados, rodeaban *el Bucentauro* y formaban un brillante cortejo. El patriarca de Venecia, el dux, todos los senadores, de gran uniforme, subian al real navío que se adelantaba á plena mar, á poca distancia del Liclo. Allí, en medio de los cantos del clero, á vista de todos los embajadores que parecian con su presencia reconocer aquella toma de posesion, se adelantaba el

<sup>1</sup> La ceremonia de los esponsales fué establecida en 1275, á consecuencia de ciertas contestaciones entre los Boloneses y los Aconitanos por una parte, y los Venecianos por la otra. Estos últimos, vencedores de sus rivales, quisieron hacer constar por una ceremonia anual su soberanía en el Adriático.

dux majestuosamente sobre el puente y tomaba por esposa á la mar arrojando un anillo de oro y diciendo: «Te tomamos por esposa, oh mar nuestra, en señal del verdadero y perpétuo dominio que tenemos sobre tí.» Unánimes aclamaciones saludaban la renovacion de la alianza. Ocho dias despues de la ceremonia, *el Bucen tauro* volvió á entrar al Arsenal. La historia de Venecia está llena de hechos brillantes que muestran con qué generosa fidelidad los esposos del Adriático guardaron su contrato. Si el viajero carece de memoria puede seguirnos mañana á la visita de las iglesias. En ella verá con sus propios ojos los numerosos monumentos que repiten el varonil valor y las útiles hazañas de los nobles venecianos contra el más formidable enemigo de la civilizacion europea: el islamismo.

## 13 DE ABRIL.

Iglesias *della Salute*.—*Dei Frari*.—De San Pedro.—Recuerdos de San Lorenzo Justiniano.—Idea del gobierno veneciano.—Santos Juan y Pablo.—Monumento de Marco Antonio Bragadino.—San Jorge Mayor.—Altar mayor.—Inscripcion relativa á una indulgencia.—Recuerdo de Pio VII.—Monumento del dux Micheli.—Capilla de los cordeleros.—Recuerdos de San Márcos.

Venecia posee tantas bellas iglesias y tantos soberbios mausoleos, que no diré de ellos casi nada. La iglesia de Santa María *della Salute*, inmediata al seminario patriarcal, interesa no tanto por sus ciento cincuenta estatuas y su gran candelabro de bronce, el más bello del Estado veneciano despues del de Pádua, cuanto por los tres sublimes cuadros del Ticiano: *La Muerte de Abel, el Sacrificio de Abraham y David dando muerte á Goliath*. En la iglesia del Redentor brilla el

gênio de Valladio, el Viturvio de los tiempos modernos y el restaurador de la arquitectura en Italia. Santa María *dei Frari* posee muchos magníficos mausoleos, entre otros el del general Benito Pesaro; el del dux Francisco Foscari, muerto en 1457; el del Bravo Sebastian Veniero, uno de los tres almirantes que mandaban en Lepanto; el monumento Orsini, de una elegante y noble sencillez, y el de Cánova. En la vasta y antigua iglesia de San Pedro se ve la cátedra de mármol en forma de sillón, que la tradicion dice que sirvió á San Pedro en Antioquía; y el magnífico cuadro de Bellucci muestra á San Lorenzo Justiniano que libra á Venecia de la peste.

Todo habla todavía en Venecia de este gran santo, el ornamento del episcopado y la gloria de su patria. El primer pensamiento del viajero católico es para el inmortal patriarca, y uno de sus primeros pasos la visita á su sepulcro. Al recorrer las callejuelas, los puentes y las lagunas, se cree encontrar á cada paso aquella grande y dulce figura ante la cual se detenía silenciosa la multitud ruidosa y agitada; se cree oír á aquel noble hijo de los Giustiniani, cubierto con el vestido de sayal de los religiosos de San Jorge, pidiendo limosna á aquellos á quienes en otro tiempo le habian visto recorriendo el gran canal en góndolas doradas de su ilustre familia; se le ve deteniéndose en los umbrales del palacio materno, suplicando á los criados de su padre que diesen al pobre de Jesucristo los restos de su mesa. A la voz de su hijo, la piadosa madre sentía conmovirse sus entrañas y mandaba que le diesen todo lo que pidiera y aun más; pero el jóven santo no recibia más que dos panes. Despues de esto deseaba la paz á aquellos que le habian asistido y se retiraba como si hubiese sido un extranjero.

Convertido á pesar de sus protestas y de sus lágrimas en obispo de Venecia, fué al mismo tiempo el Vicente de Paul y el Carlos Borromeo de su diócesis y de su siglo. Para honrar tantas virtudes, el Papa Nicolás V dió la dignidad patriarcal á la sede de Venecia. Siempre humilde bajo la púrpura; siempre pobre en la abundancia, Lorenzo salvó á su patria por el poder de sus oraciones y le dejó al morir, uno de esos ejemplos sublimes que valen más para la prosperidad de los Estados que las brillantes victorias. «¿Qué queréis hacer?» dijo á sus criados que se ocupaban todos de prepararle un lecho ménos duro que el pobre lecho de que se servia. Perdeis vuestro tiempo, mi Señor ha muerto extendido en una cruz. ¿No os acordais de que San Martín decia en su agonía que un cristiano debe morir sobre la ceniza y el cilicio? «Y él quiso morir acostado en una poca de paja. En cuanto á su testamento ¿cómo hacerlo? él no poseia nada. Por eso quiso testar, y fué para legar su bella alma á sus diocesanos exhortándoles á todos á la virtud, y su cuerpo al convento de San Jorge, mandando que le enterrasen como el de un simple religioso.»

Los Giustiniani, que creen que descenden de los emperadores Justino y Justiniano, eran una de las cuatro familias venecianas llamadas *Evangelistas*. Este nombre extraordinario revela la economía profundamente católica del gobierno de Venecia. Este gobierno era una monarquía electiva. El dux nombrado por la nobleza estaba investido del poder por toda la vida para decidir la guerra ó la paz, para mandar ejércitos, para nombrar los cargos públicos y presidir el Senado. La nobleza se dividia en cuatro clases, la primera compuesta de familias que descendian de los doce tribunos por los cuales fué elegido el primer dux en 709 y que por una

especie de prodigio subsistieron hasta fines de la república. Hé aquí sus nombres gloriosos en los fastos religiosos y militares de la Europa: Contarini, Badoera, Morosini, Gradenigo, Tiepolo, Micheli, Sanudo, Memo, Faliero, Dandolo, Polano, Barozzi. Estas primeras familias electorales eran comparadas á los doce Apóstoles.

En esta clase habia tambien cuatro familias comparadas á los cuatro Evangelistas. Casi tan antiguas como las precedentes, firmaron con ellas la fundacion de la gran iglesia de San Jorge Mayor el año 800. Estos fueron: los Justinianos, los Cornaro, los Bragadino y los Bembo.

La segunda clase se componia de las familias cuyos nombres se encontraban inscritos en el libro de oro ó registro de la nobleza, empezado el año 1289.

La tercera estaba formada de aquellos que posteriormente á esta época habian comprado sus títulos de nobleza en cien mil ducados. Así, en Venecia, como en nuestra antigua monarquía, todo el mundo podia llegar á ser noble. Bastaba haber adquirido la independendencia doméstica y mostrar que por otra parte se estaba en estado de entregarse al servicio público de la sociedad. ¿Qué! ¿no habia en esto más moralidad? En esta lisonjera recompensa el ciudadano encontraba un premio y un estímulo á la virtud, á la buena conducta, al trabajo, al espíritu de sacrificio. Por su parte esa larga prueba ofrecia á la sociedad garantías preciosas de nobleza de sentimientos, de probidad y de desinterés en aquellos que admitia en la gestion de los empleos públicos.

La cuarta clase comprendia á los que habian sido agregados al Senado de Venecia.

En el cuerpo de la nobleza estaban comprendidos los seis *Sabios* que eran como los ministros de la república. Re-